

Intercambio: *¿Hacia dónde vamos?*

I. Una política de izquierdas para una época de transición

Immanuel Wallerstein

En 1999, impartí una conferencia sobre la política de izquierdas en la actualidad ante el Comité para unas Nuevas Ciencias Políticas.¹ En esa charla, resumía la situación actual de la izquierda mundial del siguiente modo: (1) después de quinientos años de existencia, el sistema capitalista mundial atraviesa, por primera vez, por una verdadera crisis sistémica, y nos encontramos

• Artículo publicado en *MR*, vol. 53, n° 8, enero de 2002, pp. 17-31. Traducción de Joan Quesada.

• Immanuel Wallerstein es director del Centro Fernand Braudel para el Estudio de la Economía, los Sistemas Históricos y las Civilizaciones. Es editor de *Reviewe* investigador en la Universidad de Yale. Entre sus obras recientes se cuentan *The End of the World as We Know It: Social Science for the Twenty-First Century* [El fin del mundo tal y como lo conocemos: Ciencias sociales para el siglo XXI] (University of Minnesota Press, 2001) y *Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth Century Paradigm* [Despensar las ciencias sociales: los límites de los paradigmas del siglo XIX] (Temple University Press, 2001; hay traducción castellana en Ed. Siglo XXI). El presente artículo es el texto de una charla pronunciada en la Conferencia de Académicos Socialistas en Nueva York, el 13 de abril de 2001.

en una época de transición; (2) los resultados de esa transición son, intrínsecamente, inciertos, pero, no obstante, y también por primera vez en estos quinientos años, existen perspectivas reales de un cambio fundamental, que podría tomar un rumbo progresista, pero que no necesariamente tiene por qué hacer tal cosa; (3) el principal problema de la izquierda mundial en esta encrucijada es que la estrategia de transformación del mundo que ésta había desarrollado en el siglo XIX está hecha jirones y, por consiguiente, hasta el momento se está actuando de una manera incierta, con debilidad y en un leve estado generalizado de depresión.

Desearía dar por sentados esos tres puntos, que no me es posible argumentar aquí, pero que sí he argumentando extensamente en otros lugares,² e interrogarme acerca de cuáles son las implicaciones de esos tres presupuestos a la hora de desarrollar una estrategia de izquierdas en los próximos diez a veinte años.

La primera implicación es que en modo alguno hemos sido globalmente derrotados. El colapso de la Unión Soviética no fue un desastre para la izquierda mundial. Ni siquiera estoy seguro de afirmar que fuera un revés. No sólo nos liberó colectivamente del lastre permanente que suponían una estrategia y una retórica estalinistas que ya no resultaban útiles, sino que, además, impuso una enorme carga al centro liberal en todo el mundo, al retirarle el apoyo estructural que, de hecho, recibía de los movimientos leninistas, que habían mantenido a raya durante mucho tiempo el radicalismo popular con sus garantías de un «mañana brillante» si se tenía fe en el presente desarrollista del leninismo.³

Tampoco creo que la ofensiva global del neoliberalismo y la llamada globalización hayan estrangulado nuestras posibilidades. Por una razón: gran parte de todo ello no son más que engaños que no sobrevivirán a la deflación en ciernes. Y por otro motivo: el neoliberalismo producirá, o ha producido ya, su propio anticuerpo. Por una tercera razón: en realidad, en términos estructurales, el capitalismo mundial, más que gozar de una «nueva economía», se encuentra bastante maltrecho.

Una vez más, se me permitirá que resuma mi postura sin argumentarla, dadas las limitaciones de tiempo y de espacio.⁴ Además de las dificultades políticas provocadas por el colapso del leninismo y por el final de la Guerra Fría, el capital se está topando con tres asíntotas estructurales que están dañando sin remedio la capacidad de acumulación de capital: (1) la desru-ralización del mundo, que acaba con la posibilidad de detener el aumento de la parte del gasto destinada a la fuerza de trabajo vista en términos de porcentaje del valor total creado en el mundo; (2) los límites ecológicos de la contaminación y de la no renovación de los recursos, que limitan la capa-

cidad del capital para reducir los costes de los suministros (*input*) mediante la continua externalización de estos; y (3) la diseminación de la democratización por todo el mundo, patente en el continuo aumento de las presiones populares para que se gaste en salud, en educación y en garantizar unos ingresos vitalicios, lo que ha presionado hacia un aumento constante de los impuestos en términos de la parte que estos suponen del valor total creado en el mundo.

Con toda seguridad, el capital busca permanentemente la forma de aliviar esas presiones estructurales. Es de eso de lo que se trata con la ofensiva neoliberal de los últimos veinte años. Pero la curva a largo plazo tiene el mismo aspecto que un trinquete dentado que sólo permite la marcha hacia arriba. A intervalos regulares, se logra reducir las presiones, pero siempre menos de lo que las aumenta el siguiente bache ascendente. Para luchar contra eso, predicán el TINA (There Is No Alternative [No Hay Alternativa]), en un intento por reducir la voluntad contrapolítica. Tampoco eso es nada nuevo. Gareth Stedman Jones, para explicar la relativa estabilidad política de Gran Bretaña a finales del siglo XIX, la atribuía a la «aparente inevitabilidad del capitalismo» y a su «manifiesta invulnerabilidad». ⁵ La Primera Guerra Mundial revirtió tales sentimientos, al menos durante largo tiempo. Se los está resucitando ahora o, por lo menos, la derecha está intentando resucitarlos.

Si pretendemos buscar una estrategia política para la izquierda en el siglo XXI, antes tenemos que hacer memoria respecto a cuál ha sido esa estrategia de la izquierda. La estrategia de la izquierda se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX y, aunque más o menos rechazada en el último tercio del siglo XX (las fechas simbólicas serían 1848 y 1968), estaba muy clara. Era la llamada estrategia en dos fases: primero, hacerse con el poder del Estado; segundo, transformar el mundo. Habría que señalar tres puntos respecto a dicha estrategia: (1) probablemente era la única posible en su época, ya que un movimiento con cualquier otro tipo de estrategia era posible aplastarlo con el simple uso del poder estatal; (2) la adoptaron todos los movimientos principales: las dos ramas del movimiento socialista internacional, la socialdemócrata y la comunista, y los movimientos de liberación nacional; (3) la estrategia fracasó a causa de su triunfo. Los tres tipos de movimientos llegaron al poder en casi todas partes en el periodo 1945-1970, y ninguno de ellos pudo cambiar el mundo, lo que llevó a la profunda desilusión que hay hoy en día con esa estrategia, así como al severo antiestatismo que es su consecuencia sociopsicológica. ⁶

En el periodo que se inicia a partir de 1968, diferentes movimientos, viejos y nuevos, han probado gran cantidad de estrategias alternativas a la

vez que, además, se producía un saludable cambio en las relaciones de los movimientos antisistémicos entre sí, en el sentido de que las criminales denuncias mutuas y las perversas luchas de ayer se han aplacado considerablemente, un cambio positivo que no hemos valorado suficientemente. Me gustaría a continuación sugerir algunas líneas a partir de las cuales esa estrategia alternativa podría desarrollarse adicionalmente.

1. Ampliar el espíritu de Porto Alegre. ¿Cuál es ese espíritu? Yo lo definiría del siguiente modo. Es la unificación, de una forma no jerárquica, de la familia mundial de movimientos antisistémicos para avanzar hacia (a) la claridad intelectual; (b) las acciones militantes basadas en la movilización popular y que puedan considerarse inmediatamente útiles para la vida de las personas; y (c) los esfuerzos por definir argumentos favorables a cambios a largo plazo más fundamentales.

Hay tres elementos cruciales en el espíritu de Porto Alegre. Se trata de una estructura laxa, más o menos cercana a lo que Jesse Jackson denominaba la «alianza arco iris». Es una estructura que ha reunido en una escala mundial a grupos del Sur y del Norte, de forma algo más que esporádica. Es militante, tanto intelectualmente (no busca un consenso global en el espíritu de Davos) como políticamente (en el sentido en que eran militantes los movimientos de 1968). Por supuesto, habrá que ver si un movimiento mundial con una estructura laxa puede alcanzar una unión significativa, y por qué medios puede desarrollar tácticas de lucha. No obstante, su misma laxitud lo hace difícil de eliminar y sirve de estímulo a la dubitativa neutralidad de las fuerzas centristas.

2. Utilizar tácticas electorales defensivas. Si la izquierda mundial se enfrasca en tácticas extraparlamentarias militantes de estructura laxa, se plantea inmediatamente la cuestión de cuál es nuestra actitud con respecto a los procesos electorales. Entre Escila y Caribdis, cabe pensar que estos son cruciales, tanto como se los puede considerar irrelevantes. Las victorias electorales no transformarán el mundo, pero tampoco se las puede despreciar. Son un mecanismo esencial para proteger las necesidades más inmediatas de las poblaciones del mundo frente a los ataques a que están sometidos los logros que ya han sido alcanzados. La lucha electoral es necesaria para minimizar los daños que puede infligir la derecha mundial gracias al control que ejerce sobre los gobiernos del mundo.

Sin embargo, eso convierte las tácticas electorales en una cuestión puramente pragmática. Una vez que dejamos de pensar que hacerse con el poder estatal es un medio para transformar el mundo, son siempre cuestión del mal menor, y decidir cuál es el mal menor es algo que hay que hacer caso

por caso y momento a momento. Depende en parte de cuál sea el sistema electoral. En un sistema electoral del tipo el-ganador-se-hace-con-todo* hay que conducirse de manera diferente que en un sistema de doble vuelta o un sistema con representación proporcional. Pero la norma general que puede servir como guía tiene que ser la de una «izquierda plural», el eslogan de actualidad en Francia, lo que en Latinoamérica se ha dado en llamar el *frente amplia*** Existen muchas tradiciones de partido y de subpartido en la izquierda mundial, la mayoría de ellas reliquias de otros tiempos, pero muchas personas siguen votando de acuerdo con esas tradiciones. Como las elecciones estatales son una cuestión pragmática, es crucial establecer alianzas que respeten esas tradiciones y que apunten a lograr ese 51% que es lo que cuenta a efectos pragmáticos. Pero no hace falta salir a bailar a las calles cuando se gana. La victoria es sólo una táctica defensiva.

3. Avanzar incesantemente en la democratización. La reivindicación más popular que se les hace a los estados en todas partes es «queremos más»: más educación, más salud, más renta garantizada de por vida. Todo eso no sólo es popular: es inmediatamente útil para la vida de la gente. Y estrangula con mayor fuerza las posibilidades de una perpetua acumulación de capital. Son reivindicaciones que habría que exigir a voces, continuamente y en todas partes. Nunca serán excesivas.

Es cierto que incrementar todas esas funciones del «Estado del bienestar» siempre plantea la cuestión de la eficiencia del gasto, la corrupción, la creación de burocracias con excesivo poder y nada proclives a las demandas. Son cuestiones de las que deberíamos estar dispuestos a ocuparnos, pero que no deberían rebajar la reivindicación fundamental de más, mucho más.

Los movimientos populares no deberían ahorrarles esas reivindicaciones a los gobiernos de centro-izquierda por ellos elegidos. Sólo porque se trate de gobiernos más amistosos que los gobiernos directamente de derechas, eso no significa que debamos encoger el brazo a la hora de sacudir. Presionar a gobiernos amistosos empuja a las fuerzas derechistas de la oposición a desplazarse hacia el centro-izquierda. No presionarlos empuja a los gobiernos de centro-izquierda hacia el centro-derecha. Aunque puedan darse de vez en cuando circunstancias especiales para pasar por alto tal principio, la norma general en cuestión de democratización es: más, mucho más.

4. Hacer que el centro liberal vea cumplidas sus preferencias teóricas. A eso se lo puede llamar también forzar el paso del liberalismo. El centro liberal casi nunca quiere decir sinceramente lo que dice, ni practica lo que pre-

* O sistema mayoritario de mayoría relativa. [T.]

** En español en el original. [T.]

dica. Basta tomar como ejemplo algunos temas evidentes, como por ejemplo, la libertad. El centro liberal denunciaba regularmente a la URSS porque no permitía la libre emigración. Pero, por supuesto, la otra cara de la libre emigración es la libre inmigración. De nada sirve que a uno se le permita salir de un país si no puede entrar en ninguna otra parte. Deberíamos defender la apertura de fronteras.

El centro liberal exige regularmente un comercio más libre, una empresa más libre, que el gobierno se mantenga al margen de la toma de decisiones de los empresarios. La otra cara de lo cual es que a los empresarios que fracasan en el mercado no se los debería salvar. Se quedan los beneficios cuando triunfan, deberían quedarse con las pérdidas cuando fracasan. Se suele argumentar que salvar las empresas es salvar empleos. Pero hay formas mucho más baratas de salvar empleos: pagar el seguro de desempleo, reciclar profesionalmente o, incluso, crear oportunidades laborales. Pero nada de eso implica necesariamente salvar las deudas de los empresarios que fracasan.

El centro liberal insiste con regularidad en que los monopolios son malos. La otra cara de eso es la abolición o la seria limitación de las patentes. La otra cara de eso es no implicar al gobierno en la protección de las industrias frente a la competencia extranjera. ¿Perjudicará eso a la clase trabajadora en las áreas del núcleo capitalista? Bien, no si se invierten dinero y energías en mirar de lograr una mayor convergencia salarial en el mundo.

Los detalles de esta propuesta son complejos y requieren discusión. La cuestión, sin embargo, es no dejar que el centro liberal se salga con su retórica y recoja sus frutos sin pagar el precio que tienen sus propuestas. Además, la verdadera forma, desde la política, de neutralizar la opinión centrista es apelando a sus ideales, más que a sus intereses, y una forma de apelar a los ideales más que a los intereses de los elementos de centro es concentrar la atención en las reivindicaciones retóricas.

Por último, deberíamos tener siempre presente que gran parte de los beneficios de la democratización no están al alcance de los estratos más pobres, o no en un mismo grado, debido a las dificultades que estos tienen para saltar las barreras burocráticas. En esta cuestión, yo regreso a la vieja propuesta de Richard A. Cloward y Francis Fox Piven de «explotar los censos», es decir, movilizar a las comunidades más pobres para que saquen todo el provecho a sus derechos legales.⁷

5. Convertir el antirracismo en la medida definitiva de la democracia. La democracia consiste en tratar por igual a todas las personas: en términos de poder, en términos de distribución, en términos de oportunidad para lograr la plenitud personal. El racismo es la forma primordial de distinguir entre quienes tienen derechos (o más derechos) y los demás, que no tienen dere-

chos o tienen menos. El racismo define los grupos tanto como, simultáneamente, ofrece una justificación engañosamente atractiva de esa misma práctica. El racismo no es una cuestión secundaria, ni a escala nacional ni internacional. Es la forma de socavar sistemática, deliberada y constantemente la promesa del centro liberal de unos criterios universalistas.

El racismo impregna la totalidad del sistema-mundo existente. No hay un rincón del planeta que esté libre de él como característica central de la política local, nacional y mundial. En su discurso a la Asamblea Nacional mexicana el 29 de marzo de 2001, la comandante Esther, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, decía: «Los *ladino** [blancos] y los ricos se ríen de nosotras, las mujeres indígenas, por nuestras ropas, por nuestra forma de hablar, por nuestra lengua, por nuestra forma de rezar y de curar y por nuestro color, que es el color de la tierra que trabajamos.»⁸ Seguía un alegato a favor de la ley que garantizaría la autonomía de los pueblos indígenas, que decía: «Cuando se reconozcan los derechos y la cultura de los pueblos indígenas, [...] la ley empezará a acercar su tiempo al tiempo de los pueblos indígenas [...] Y si hoy somos mujeres indígenas, mañana seremos los otros, hombres y mujeres, que están muertos, o son perseguidos o encarcelados a causa de su diferencia.»

6. Avanzar hacia la desmercantilización. El elemento clave que falla en el sistema capitalista no es la propiedad privada, que representa únicamente un medio, sino la mercantilización, que es el elemento esencial para la acumulación de capital. Incluso hoy en día, el sistema-mundo capitalista no está totalmente mercantilizado, aunque existen intentos de que así sea. No obstante, podríamos avanzar, de hecho, en la dirección opuesta. En lugar de convertir las universidades y los hospitales (estatales o privados) en instituciones que generan beneficios, deberíamos pensar en cómo transformar las fábricas de acero en instituciones no lucrativas, es decir, en estructuras autosostenidas que no liquidan dividendos a nadie. Ese es el rostro que muestra un futuro más esperanzador y, de hecho, es algo que podría iniciarse en este mismo momento.

7. Recordar siempre que estamos viviendo una época de transición del sistema-mundo existente a algo distinto. Eso significa varias cosas. No debería engañarnos la retórica de la globalización o las inferencias relacionadas con la TINA [No Hay Alternativa]. No sólo hay alternativas, sino que la única alternativa que no hay es la de seguir con las estructuras actuales.

Habrà una gran lucha por el sistema sucesor, que puede que se alargue veinte, treinta, cincuenta años, y cuyo resultado es intrínsecamente incierto.

* En español en el original [T.]

La historia no está de parte de nadie. Depende de nuestras acciones. Por otro lado, eso representa una gran oportunidad para actuar de una forma creativa. Durante la vida normal de un sistema histórico, incluso los mayores esfuerzos de transformación (las llamadas «revoluciones») tienen consecuencias limitadas, ya que el sistema ejerce grandes presiones para retornar a su punto de equilibrio. Pero en el ambiente caótico de una transición estructural, las fluctuaciones son muy fuertes, e incluso pequeños impulsos pueden tener grandes consecuencias a la hora de favorecer una ramificación u otra en un bifurcación. Si la agencia actúa alguna vez, es justo en estos momentos.

El problema clave no es la organización, por muy importante que esta sea. El problema clave es la lucidez. Las fuerzas que quieren cambiar el sistema para que nada cambie, para que tengamos un nuevo sistema que sea igual o más jerárquico y polarizador, disponen de dinero, energías e inteligencia. Disfrazarán los falsos cambios con ropajes atractivos, y sólo un análisis cuidadoso evitará que caigamos en sus numerosas trampas.

Utilizarán eslóganes con los que no podamos discrepar, como, por ejemplo, los derechos humanos. Pero les otorgarán contenidos que incluyen unos pocos elementos altamente deseables junto a muchos otros que perpetúan la «misión civilizadora» de los poderosos y los privilegiados sobre el prójimo no-civilizado. Debemos diseccionar cuidadosamente sus propuestas y destapar su juego. Si es de desear que exista un procedimiento judicial internacional contra el genocidio, lo es sólo si este es aplicable a todo el mundo, y no sólo a los débiles. Si las armas nucleares o biológicas son peligrosas, incluso monstruosas, entonces no existe ningún poseedor de dichas armas que ofrezca seguridad.

En medio de la inherente incertidumbre del mundo en sus momentos de transformación histórica, la única estrategia plausible para la izquierda mundial es la de perseguir de forma inteligente y militante su objetivo básico: alcanzar un mundo relativamente democrático, relativamente igualitario. Un mundo así es posible. No es en absoluto seguro que llegue a existir. Pero tampoco es en absoluto imposible.

II. ¿Transición hacia qué?

Harry Magdoff y John Bellamy Foster

Immanuel Wallerstein ha propuesto tres tesis provocadoras. En primer lugar, que el sistema mundial afronta una «verdadera crisis sistémica», lo que nos sitúa en una época de transición entre el capitalismo y lo que sea que acabe por sucederlo. En segundo lugar, que, por «primera vez» en los cinco siglos que lleva existiendo el capitalismo en el mundo, «existen perspectivas reales de un cambio fundamental». En tercer lugar, que las estrategias revolucionarias vinculadas a las revoluciones de 1848 y 1917 están ambas hechas jirones, lo que deja a la izquierda a la desbandada en términos de estrategia; situación en parte compensada por el permanente impacto de lo que Wallerstein ha caracterizado en otro lugar como «la revolución mundial de 1968».⁹ Partiendo de esas tres tesis, pasa a efectuar una serie de propuestas políticas para el presente. A continuación, nos ocuparemos tanto de las tesis como de las propuestas políticas que el autor deriva de ellas.

¿Atraviesa el capitalismo una «verdadera crisis sistémica»? Es una cuestión interesante y vale la pena examinar los motivos de Wallerstein para sostener que así es. Su postura es que, dentro de los límites fijados por la elasticidad de la demanda y, por lo tanto, de los precios posibles, «el beneficio real depende de tres costes: el coste del trabajo; el coste de suministros e infraestructuras; y el coste fiscal [...] Yo sugeriría que, a lo largo de los pasados quinientos años y de la economía-mundo capitalista en su conjunto, los tres costes han aumentado constantemente en términos del porcentaje que representan del valor total producido. El resultado neto es que estamos llegando a un estrangulamiento del beneficio global que amenaza la capacidad de los capitalistas para acumular capital» («Left Politics», p. 147). De igual modo, en el artículo que ahora nos ocupa [sección I anterior], Wallerstein sostiene que: (1) la «desruralización mundial» está haciendo que resulte difícil neutralizar el aumento del coste de la fuerza de trabajo; (2) los «límites ecológicos de la contaminación» están restringiendo la capacidad del capital para externalizar los costes medioambientales; y (3) la «diseminación de la democratización por todo el mundo» está llevando a reivindicar, cada vez más, mayores impuestos para pagar los gastos en «salud, educación y en garantizar unos ingresos vitalicios». Por lo tanto, cada uno de los tres factores representa un aumento de los costes, y conjuntamente están

dando lugar al estrangulamiento de los beneficios globales y a una crisis sistémica del capitalismo.

Un elemento clave de este argumento es la idea de que el capitalismo no puede eludir esa encrucijada aumentando la «eficiencia», por ejemplo: reduciendo los costes por unidad de trabajo (es decir, los costes por unidad de producción física). Wallerstein pregunta: «¿Es ahora más “eficiente” la producción, en términos globales y tomados conjuntamente todos los sectores, que hace 100, 200 o 300 años?» Su respuesta es:

No sólo soy escéptico respecto a que la producción global sea más «eficiente» desde la perspectiva del productor, sino que sostengo que la curva ha sido constantemente descendente. Todo lo que se consideran triunfos en la eficiencia productiva no son más que intentos de aminorar el ritmo de la curva descendente. Puede contemplarse la ofensiva neoliberal de las últimas dos décadas en su conjunto como un gigantesco intento de desacelerar el aumento de los costes de producción, principalmente, mediante la reducción de los costes salariales y fiscales y, en segundo término, mediante la disminución de los costes de los suministros a través del avance tecnológico. Creo, además, que el grado de éxito general ha sido más bien limitado, por muy doloroso que haya resultado para quienes han tenido que soportar la parte más cruda de la ofensiva, y que incluso los limitados beneficios obtenidos están a punto de verse revertidos («Left Politics», p. 147).

Lo que hace que eso represente un problema cada vez más serio para el capital, según Wallerstein, es que, con la desaparición de las áreas externas, es decir, con la incorporación de todo el mundo a la economía mundial, y con la desruralización de la periferia, al capital cada vez le quedan menos lugares a los que escapar para evitar todos esos dilemas internos.

Es un argumento audaz, aunque hemos de decir que nuestra visión de la crisis estructural del capitalismo no podría ser más diferente. Nosotros no observamos tendencia alguna a largo plazo dentro del capitalismo hacia la reducción de la eficiencia, es decir, hacia un descenso de la productividad, ni en el núcleo ni en la periferia. Aunque es cierto que los costes laborales han tendido a elevarse con el tiempo en los estados capitalistas desarrollados, al igual que los gastos medioambientales y los impuestos (y, por supuesto, la cuestión aquí es sobre qué clases han recaído los impuestos), no existe nada parecido a un estrangulamiento de los beneficios globales que esté reduciendo la tasa de explotación, ni en el centro ni en la periferia. Los aumentos de la productividad han compensado ampliamente los aumentos de los costes laborales y demás, y, en nuestra opinión, la capacidad del capital para externalizar los costes medioambientales no se ha visto significativamente

deteriorada. Si hay una crisis del «Estado fiscal», se debe al hecho de que un sistema económico basado en las clases, como observara Schumpeter, exige que los impuestos no calen demasiado hondo en el capital/beneficio, más que a lo contrario.¹⁰

La existencia de lo que nosotros diríamos que es una tasa de explotación en ascenso, en el sistema en su totalidad, implica que el capital se ha visto forzado a afrontar un problema de excedente de capitales en busca de inversiones, junto a unos elevados niveles de exceso de capacidad y de desempleo/subempleo.¹¹ La desruralización del mundo ha hecho aumentar aún más las dimensiones del ejército de reserva industrial de trabajadores desempleados, la mayor parte de la cual se encuentra ubicada actualmente en la periferia. En lugar de ver aumentar sus salarios y su calidad de vida, una cifra tan enorme como son mil millones de personas de la periferia forma parte de un ejército de reserva que parece estar permanentemente en la reserva (esto es, que el desempleo, el subempleo y la malnutrición son crónicos). Esta sobrepoblación relativa —los «condenados de la tierra» de Fanon— no está estrangulando los beneficios en ningún lugar del mundo. Además, nada de esto debería sorprendernos. La ley general absoluta de la acumulación del capitalismo, para Marx, apuntaba al aumento de esta sobrepoblación relativa y a una polarización entre ricos y pobres. El ámbito en el que opera la ley es ahora el planeta entero.

La segunda tesis de Wallerstein es que existen «perspectivas reales de un cambio fundamental» por «primera vez» en la historia del sistema capitalista mundial. No dice que el «cambio fundamental» al que apunta haya de ser necesariamente de carácter progresista, sino sólo que «podría» serlo («Left Politics», p. 146). El argumento es que actualmente la lucha versa sobre el sistema mundial, es decir, sobre la globalización, y, por lo tanto, supone una política de transición global, en contraste con las luchas anteriores, centradas únicamente en el control del Estado en varios estados-nación.

Eso tiene mucho ver con su tercera tesis, según la cual las estrategias de cambio social de la izquierda en los siglos XIX y XX, representadas por los años 1848 y 1917 y que perseguían hacerse con el control del Estado para, después, transformar la sociedad, ya no resultan prácticas ni relevantes. Las tres variantes del movimiento socialista mundial que prevalecieron en el periodo 1848-1968 —socialdemócratas, comunistas y movimientos de liberación nacional— fracasaron a causa de su triunfo, según se nos dice. «Los tres tipos de movimientos llegaron al poder [...], y ninguno de ellos pudo cambiar el mundo, lo que llevó a la profunda desilusión que hay hoy en día con esa estrategia, así como al severo antiestatismo

que es su consecuencia sociopsicológica.» Por el contrario, la revolución mundial de 1968, para Wallerstein, representa un modelo más global de cambio social radical, encarnación de un nuevo «espíritu» y alentadora de estrategias alternativas.

Aquí, señala unas cuantas oportunidades políticas revolucionarias del estilo de la de 1968 en el presente: (1) la promoción del «espíritu de Porto Alegre», o sea, «la unificación de una forma no jerárquica de la familia mundial de movimientos antisistémicos»; (2) el empleo de políticas electorales defensivas, no destinadas a alcanzar el poder, sino utilizadas meramente como «táctica defensiva» y como medio para crear una «izquierda plural»; (3) el apoyo a la democratización, aun en el caso de gobiernos de centro izquierda, sin «encoger el brazo a la hora de sacudir»; (4) la insistencia en que «el centro liberal vea cumplidas sus preferencias teóricas»; (5) la adopción del principio de que el antirracismo es la «medida definitiva de la democracia»; (6) el avance en la desmercantilización mediante la proliferación de instituciones no lucrativas; y (7) el reconocimiento de la realidad del hecho de que «estamos viviendo una época de transición del sistema-mundo existente a algo distinto». El problema clave, para cualquier política de transición, concluye Wallerstein, «no es la organización», sino la «lucidez».

No obstante, tenemos que admitir nuestras dudas respecto al grado de «lucidez» de la estrategia transicional de Wallerstein. En nuestra opinión, ni 1848 (que, supuestamente, representa a Marx) ni 1917 (Lenin) han quedado completamente superados. Eso no significa que los acontecimientos de París en 1848 y de San Petesburgo (la Petrogrado revolucionaria) en 1917 hayan de repetirse, o que no haga falta variar la estrategia revolucionaria, sino, más bien, que hay una mayor continuidad histórica en la lucha revolucionaria contra el capitalismo que la que sugiere la postura de Wallerstein. La lucha seguirá centrándose en el estado, aunque sólo sea porque la globalización misma depende del Estado y, bajo el capitalismo, no existe un Estado mundial.

No consideramos que los acontecimientos de 1968, por muy dramáticos que fueran, supusieran una «revolución mundial», ni siquiera que representaran una ruptura fundamental en la historia de la lucha revolucionaria. Estamos de acuerdo en la importancia de Porto Alegre como símbolo de la revuelta política. Sin embargo, aunque creemos que es necesaria una alianza entre movimientos sociales, nosotros no arrebatáramos al movimiento de clase su función estratégica central en la oposición al capitalismo. Pensamos que la lucha electoral es una parte integral de cualquier revolución prolongada, y no una mera táctica defensiva. No puede haber duda alguna res-

pecto a la necesidad de la democratización, pero nos apresuramos a añadir que el concepto de democratización está tan corrompido que apenas si se reconoce alguna vez que el mayor enemigo de la verdadera democratización en el mundo actual es el Estado imperial norteamericano. No nos merece ninguna confianza el centro liberal. En realidad, en el contexto de la guerra global actual contra el terrorismo, que ya se está librando en Afganistán, el llamado «centro liberal» ha desaparecido de la faz de los Estados Unidos, tal y como, en efecto, cabría esperar a partir de la historia pasada. La lucha contra el racismo, por supuesto, no debería ser secundaria en relación a ninguna otra lucha («la mano de obra de piel blanca no puede emanciparse», escribió Marx, «allí donde su marca es tener la piel negra»), pero hay que atacar necesariamente sus raíces globales en el capitalismo mismo. No discutiremos la idea de situar a los monopolios en el punto de mira, pero no en términos de la ilusión de las leyes antitrust liberales, sino sólo como parte de la crítica del capitalismo monopolista mismo. La desmercantilización es también otro objetivo digno, así como un medio para recuperar un cierto control de la sociedad civil, pero sólo se la puede concebir adecuadamente en términos de una revolución, más larga y más amplia, contra el capitalismo. Por lo que respecta al hecho de estar viviendo una época de transición, la idea de Wallerstein es correcta. Como solía explicar Raymond Williams, no deberíamos hacer planes a largo plazo en unas condiciones que son a corto plazo.

En general, hay dos cosas que nos sorprenden. En primer lugar, que el argumento de Wallerstein haga tan escasa mención del imperialismo —o sea, de las relaciones centro-periferia—, a pesar de que él mismo ha sido un importante analista de ese ámbito a lo largo de los años. En segundo lugar, que existe aquí el peligro de caer en un optimismo espiritual de izquierdas no suficientemente arraigado en las condiciones materiales, en las fuerzas sociales o en la organización política. Es posible que haya una transición a la vista, pero ¿una transición hacia qué? En una época de crisis estructural global, el sistema se ha vuelto más creativo que nunca a la hora de dar rienda suelta a su potencial de destrucción. Creemos que el mundo corre en la actualidad un grave peligro de experimentar una transición, no para mejor, sino para peor. La lucha por el socialismo es, por primera vez en su historia, una lucha global a vida o muerte contra las incesantes fuerzas de la mercantilización y el exterminismo capitalistas. En estas circunstancias, sería negligente restar importancia a los peligros. El socialismo ya no es (si es que alguna vez lo fue) un mero sueño utópico: es la imprescindible defensa de la humanidad y de la tierra.

III. Transición hacia un futuro incierto

Immanuel Wallerstein

Tenía la esperanza de que mi artículo generara debate. Veo que lo he conseguido. Empecemos por el argumento empírico clave de mis comentaristas: ellos no observan «tendencia alguna a largo plazo hacia la reducción de la eficiencia, es decir, hacia un descenso de la productividad, en el capitalismo». Tampoco yo. Yo veo una tendencia a largo plazo al declive de la plusvalía, que no es lo mismo, porque los costes de producción se están incrementando. Esos costes crecientes no pueden compensarse con subidas de precios, precisamente a causa de la realidad que ellos mencionan: el aumento de la polarización, tesis con la que estoy completamente de acuerdo.

Mis comentaristas sostienen que Marx no ha muerto. Estoy de acuerdo. Pero yo siempre había creído que uno de los puntos clave del análisis marxista era que los sistemas se colapsan, no porque no nos gusten, sino porque llegan al límite de sus contradicciones internas. Eso es exactamente lo que intentaba mostrar: cuáles son algunas de las contradicciones centrales del sistema capitalista y por qué la economía-mundo capitalista ha alcanzado los límites estructurales de los ajustes posibles que podrían mantener el sistema en relativo equilibrio.

Mis comentaristas afirman que « la desruralización del mundo ha hecho aumentar aún más las dimensiones del ejército de reserva industrial de trabajadores desempleados [...] ». Creo que la afirmación es incorrecta. En los últimos cincuenta años, se ha dado una migración masiva hacia las zonas urbanas en casi todos los países del mundo y, de forma más espectacular, en las áreas periféricas, pero ¿por qué? A las personas que han migrado no se las ha echado de las zonas rurales levantando algún tipo de cercado [*enclosure*]. Se han ido a las ciudades porque allí viven mejor, por muy terribles que sean las condiciones. El hecho es que, en los *barrios** y *favelas*, las personas no están en paro. Decir que están en paro representa utilizar la definición de empleo de la Oficina de Estadísticas Laborales. Trabajan en la economía informal (un fenómeno en absoluto nuevo, pero recién descubierto por los analistas).

Y, allí, viven lo suficientemente bien, de manera que, cuando los empresarios de la economía formal por algún motivo quieren reclutarlas, estas per-

* En español en el original. [T.]

sonas del «ejército de reserva» exigen unos salarios que están por encima del nivel de salarios reales que sus equivalentes podían exigir hace entre cincuenta y cien años. Eso es lo que quiero decir al hablar de aumento de la factura salarial. Y no es eso todo. La otra mitad del aumento de la creciente factura salarial corresponde al coste de los cuadros de mando. Su número acostumbra a ser mínimo y su retribución relativamente pequeña. Ahora suponen un porcentaje cada vez mayor de la fuerza de trabajo y su retribución es ominosamente excesiva (por no hablar de la de los directores ejecutivos). El resultado neto es que *yuppies* ejecutivos viven, de hecho, muy bien, pero las empresas son menos rentables.

Tampoco digo que la lucha actual sea acerca del sistema-mundo, mientras que antes era por el control de los estados. La lucha, durante los últimos cuatrocientos años, ha sido siempre por el sistema-mundo en su conjunto. Pero la estrategia de los movimientos que querían transformar el sistema había consistido en hacerse con el control de las estructuras del estado y, después, utilizarlas para transformar el sistema-mundo en su conjunto. Fue Lenin quien articuló dicha estrategia del modo más claro y efectivo. Y si Marx, el analista, no ha muerto, creo que a Lenin, el estratega, decididamente, ya no se lo toma en serio. ¿Qué movimiento actual, sea cual se su importancia, adopta una estrategia leninista?

Cuando digo que 1968 supuso una revolución mundial, hablo de la desilusión de las diversas poblaciones del mundo, no con los objetivos, pero sí con la estrategia tradicional de la Vieja Izquierda. Porque la estrategia de Lenin resultó que era menos diferente de la estrategia del Partido Socialdemócrata Alemán de Bernstein y Kautsky de lo que Lenin pretendía (y esperaba). Se basaba igualmente en hacerse con el control de la estructura estatal y, una vez logrado el control, aferrarse a él. Y aferrarse a este requería, no única, pero sí crucialmente, pedir a todo el mundo que tuviera paciencia con el presente porque habría un mañana que cantarían alabanzas. Se trataba fundamentalmente de un discurso despolitizador. Y sólo funcionó mientras la población creyó que un reformismo de dirección estatal (y sí, los estados comunistas se enfrascaron en un reformismo de dirección estatal) funcionaba, es decir, que esos regímenes realmente transformarían el mundo. Pero yo no creo que transformaran el mundo, tampoco mis comentaristas (son aún más pesimistas respecto al presente que yo) y, sobre todo, no lo creen las masas del mundo (¿recuerdan esa palabra?).

Concibo los próximos cincuenta años como una lucha sin cuartel entre dos grupos: los que quieren un mundo más democrático y más igualitario, y los que no. No hay consenso posible entre esos dos grupos. Pero sí que es posible intentar crear una coalición entre los que pertenecen al primer

grupo, ya que doy por supuesto que estos no pueden encajar en el molde leninista de un movimiento único y disciplinado.

No tengo confianza alguna en el centro liberal. Más bien al revés. Lo que dije es que deberíamos intentar «hacer que el centro liberal vea cumplidas sus preferencias teóricas», lo que es bastante distinto. Lo que ocurre es que el centro liberal dice unas cosas y hace otras. Hay que sacar el tema constantemente a colación, y los liberales a los que se pueda avergonzar y forzar a ser sinceros consigo mismos puede que intenten hacer realidad sus preferencias teóricas; otros, por supuesto, no lo harán. Tampoco me he referido a las leyes antitrust, en las que, en cualquier caso, no tengo ninguna fe. Pero el monopolio no es una característica especial del capitalismo ni del «capitalismo tardío». Es el corazón mismo del capitalismo como sistema. ¿No he hablado del imperialismo? Como el monopolio y el racismo, el imperialismo es una de las características definitorias del capitalismo, y lo ha sido desde sus orígenes durante el largo siglo XVI. No es un tema especial que haya que discutir por separado. Esa era una de las cosas que daba por sentadas.

Por último, ¿una transición hacia qué? Mis comentaristas afirman que «el mundo corre en la actualidad un grave peligro de experimentar una transición, no para mejor, sino para peor». Estoy completamente de acuerdo, aunque yo lo dejaría en un cincuenta por ciento. Eso es justamente lo que quiero decir. Como el sistema está atravesando por una crisis estructural, y yo defiendo que así es, nos hallamos ahora ante una bifurcación. El sistema no puede continuar y quedará sustituido. Pero es completamente incierta la dirección que tomará la transición. Y es así porque es intrínsecamente imposible conocer por adelantado, e ir sumando, todas las variables precisas de la acción. Cada pequeño cambio afecta al todo de forma irreversible. La conclusión es, por lo tanto, que está en nuestras manos: nosotros podemos realmente marcar la diferencia. Pero sólo si renunciamos a la idea de que lo que justifica la acción es la certeza de la victoria, en lugar de su mera posibilidad y su valor intrínseco. Y nunca si esperamos inactivos, en la esperanza de que las tácticas que una vez fracasaron (espectacularmente y por todo el mundo) serán de algún modo revividas y, en una segunda vuelta, funcionarán.

Notas

1. Se publicó con el título «A Left Politics for the 21st Century? Or Theory and Praxis Once Again» [¿Una política de izquierdas para el siglo XXI? O, una vez más, teoría y praxis], en *New Political Science* XXII, junio de 2000: pp. 143-159.
2. Además del artículo de la nota 1, véase *Utopistics, or Historical Choices for the Twenty-First Century* (New Press, Nueva York, 1998). (Versión castellana: *Utopística, opciones históricas del*

- siglo XXI, Siglo XXI, México, 1999; versión catalana: *Utopística: les opcions històriques del segle XXI*, Servei de publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2003.)
3. Argumento esta afirmación detalladamente en *After Liberalism* [Después del liberalismo] (New Press, Nueva York, 1995).
 4. No obstante, para un desarrollo de mi planteamiento, véase «Globalization or an Age of Transition? A Long-Term View of the Trajectory of the World-System» [¿Globalización o una época de transición? Una visión a largo plazo de la trayectoria del sistema-mundo], en *International Sociology* XV, junio de 2000: pp. 249-265.
 5. *Languages of Class* [Lenguajes de clase] (Cambridge University Press, Cambridge, 1982): p. 74.
 6. Este análisis aparece en más detalle en Giovanni Arrighi, Terence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein, *Antisystemic Movements* (Verso, Londres, 1989). (Versión castellana: *Movimientos antisistémico* [Ediciones Akal, Tres Cantos, 1999.]) Véase también el artículo de los mismos autores «1989: A Continuation of 1968» [1989: Continuación de 1968], *Review* XV, primavera de 1992: pp. 221-242.
 7. Frances Fox Piven y Richard A. Cloward concluyen su obra sobre el Estado del bienestar de la forma siguiente: «A falta de reformas económicas fundamentales, por lo tanto, *adoptamos la postura de que explotar los censos es la verdadera forma para traer alivio*, algo que debería defenderse y extenderse. Aun hoy en día, hay cientos y miles de familias empobrecidas que podrían ser beneficiarias de asistencia, pero que no reciben ayuda alguna», *Regulating the Poor: The Functions of Public Welfare* [Regular a los pobres: las funciones del bienestar público] (Pantheon, Nueva York, 1971): p. 348. La cursiva pertenece al original.
 8. <http://www.ezln.org/marcha/20010320.htm>
 9. Los argumentos de Wallerstein en la sección I no aparecen totalmente explicados, ya que gran parte de la conferencia guarda relación con puntos que el autor lleva algún tiempo esgrimiendo en sus obras. Por lo tanto, al preparar esta respuesta hemos atendido a algunos otros de sus escritos recientes, principalmente al artículo «A Left Politics for the 21st Century? Or Theory and Praxis Once Again» [¿Una política de izquierdas para el siglo XXI? O, una vez más, teoría y praxis], en *New Political Science* XXII, junio de 2000: pp. 143-159.
 10. Joseph Schumpeter, «The Crisis of the Tax State» [La crisis del estado fiscal], en Schumpeter, *The Economics and Sociology of Capitalism*, Richard Swedberg (Princeton University Press, Princeton, 1991): pp. 112-115.
 11. Para una exposición más detallada de este argumento, véase John Bellamy Foster, «La teoría del capital monopolista y la globalización», en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, nº 2, *Neoimperialismo en la era de la globalización* (ap. 2, pp. 37-53, Ed. Hacer, Barcelona, 2004).

MASTER EN GLOBALIZACIÓN, DESARROLLO Y COOPERACIÓN

Con 14 ediciones en su trayectoria el Master en Globalización, Desarrollo y Cooperación de Món-3 y la Universidad de Barcelona es ya un referente para todas aquellas personas que desean conocer el porqué del funcionamiento de un sistema mundial profundamente injusto y agresivo con los más débiles, primer e imprescindible paso para cualquier tarea transformadora.

El Master fue impulsado por José M. Vidal Villa, que fue su director hasta su fallecimiento en septiembre de 2002. Posteriormente, la dirección del curso ha sido asumida por Javier Martínez Peinado, profesor, como J.M. Vidal Villa, del Departamento de Política Económica y Estructura Económica Mundial de la Universidad de Barcelona.

El programa del Master se estructura en dos cursos que tienen una duración de 180 horas el primero y 150 el segundo, y se desarrollan de enero a junio de cada año. Además, hay una fase final de prácticas sobre el terreno o realización de una tesina equivalente a 70 horas lectivas.

El énfasis principal del curso se concentra en la explicación de un modelo teórico interpretativo global de la economía mundial que permita enmarcar la futura labor de investigadores y cooperantes en un modelo interpretativo lógico y completo, complementado con el análisis empírico de la realidad diversa que existe en los países del Tercer Mundo.

INFORMACIÓN

Más información sobre el master se puede obtener en la secretaría del curso:

Maite Sirera

Món-3

Facultad de Ciencias Económicas

Av. Diagonal, 690 - 08034 Barcelona

Tel. 93 402 43 25 (horario de tarde) - Fax 93 402 90 17

msirera@eco.ub.es